



EL SENTIDO DE LO SAGRADO

Uno de los signos exteriores más inmediatamente inteligibles y convincentes del Islam es la llamada a la oración desde lo alto de los minaretes; llamada que se extiende como un manto de serenidad sobre las almas de los creyentes, desde el alba hasta entrada la noche. Estamos muy lejos, aquí, de los argumentos escolásticos, pero hay argumento a pesar de todo; “signo” precisamente, es decir, argumento que apela, no a la inteligencia conceptual, sino a la intuición estética y, más fundamentalmente, al sentido de lo sagrado.

Como el discernimiento intelectual, el sentido de lo sagrado es una adecuación a lo Real, con la diferencia, no obstante, de que el sujeto conociente es entonces el alma entera y no solo la inteligencia discriminativa. Lo que la inteligencia percibe casi matemáticamente, el alma lo presiente de una manera por decirlo así musical, a la vez moral y estética; ésta se encuentra inmovilizada y vivificada a la vez por el mensaje de bienaventurada eternidad que transmite lo sagrado.

Lo sagrado es proyección del Centro celestial en la periferia cósmica, o del “Motor inmóvil” en el flujo de las cosas. Ser concretamente sensible a ello es poseer el sentido de lo sagrado y, por ello mismo, el instinto de adoración, de devoción, de sumisión, es la conciencia –de Aquello que no puede no ser, y de lo cual sentimos a la vez el inmenso alejamiento y la milagrosa proximidad. Si podemos tener esta conciencia, es porque el Ser necesario nos alcanza en el fondo de nuestro corazón, por un misterio de inmanencia que nos hace capaces de conocer todo lo conocible y que, por ello mismo, nos hace inmortales.

El sentido de lo sagrado es también la conciencia innata de la presencia de Dios¹; es sentir esta presencia sacramentalmente en los símbolos y ontológicamente en todas las cosas². Por eso el sentido de lo sagrado implica una especie de respeto universal, de comedimiento ante el misterio de las criaturas animadas e inanimadas; y ello sin ningún prejuicio favorable ni ninguna debilidad respecto a los fenómenos que manifiestan errores

¹ A esta conciencia de la presencia divina se refiere el célebre **hadith** del **ihsân**: “La perfecta piedad (ihsân: “noble obrar”) es que adores a Dios como si o vieras, y si tú no lo ves, Él sin embargo te ve”

² Se califica fácilmente de “panteísmo” la tendencia adoradora que resulta de ello, olvidando, por una parte, que este vocablo no designa más que la reducción de lo Divino al mundo visible, y, por otra, que Dios es realmente inmanente al mundo –si no, éste no podría existir –, en grados diversos y sin perjuicio de su rigurosa trascendencia.



o vicios y que por esto mismo no presentan ya ningún misterio, a no ser el del absurdo. Fenómenos tales son metafísicamente necesarios, sin duda, pero significan precisamente una ausencia de lo sagrado, y se integran así en nuestro respecto a la existencia de manera negativa y a modo de contraste; pero, esto aparte, el alma piadosa y contemplativa experimenta un respeto natural por las cosas de que la naturaleza nos rodea.

Hay en lo sagrado un aspecto de rigor, de invencibilidad y de inviolabilidad, y un aspecto de dulzura de apaciguamiento y de misericordia; un modo de fascinación inmovilizadora, y otro de atracción liberadora. El espíritu devocional debe dar cuenta de ambos caracteres; no puede detenerse en el mero temor, lo que, por lo demás, sería incompatible con la naturaleza de la contemplación. La Majestad no puede ser objeto de contemplación más que a causa de la presencia en ella de un elemento de belleza apaciguadora o de serenidad, el cual emana más particularmente de la dimensión de Infinitud propia del Absoluto.

Lo sagrado es la proyección de lo Inmutable en lo mutable; resulta de ello que el sentido de lo sagrado no solo consiste en percibir esta proyección, sino también en descubrir en las cosas la huella de lo Inmutable, hasta el punto de no dejarse engañar y esclavizar por lo mutable. Así es como hay que vivir la experiencia de la belleza para extraer de ella un elemento duradero, no efímero, para realizar en uno mismo, pues, una abertura hacia la Belleza inmutable, no para hundirse en la corriente de las cosas. Eso es ver el mundo, y vivir en él, de manera sagrada y no profana; sacralizante y no profanadora. Lo cual nos conduce de nuevo al misterio de la doble *Mâyâ*, la que aprisiona y la que libera³.

De lo Divino a lo Humano, Frithjof Schuon.

³ Siendo la primera al mismo tiempo la que dispersa, y la segunda, la que unifica.